Cuando volvamos a ver el mar

Heredia, María Fernanda
Cuando volvamos a ver el mar / María Fernanda Heredia ;
editado por Laura Linzuain ; ilustrado por Sindy Elefante. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2022.
192 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Torre Azul)

ISBN 978-987-807-034-6

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Linzuain, Laura, ed. II. Sindy Elefante, ilus. III. Título.
CDD 863.9282

Cuando volvamos a ver el mar
© María Fernanda Heredia, 2021
© Editorial Norma, 2021
Av. Leandro N. Alem 720. Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la Editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación
"N"/Norma/Carvajal ® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Primera edición: febrero de 2022

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Dirección editorial: Laura Leibiker
Corrección: Marco Cardona Giraldo
Ilustraciones: Sindy Elefante
Jefa de arte: Valeria Bisutti
Diagramación: Alejandra Sierra Gómez

Gerenta de producción: Paula García
Jefe de producción: Elías Fortunato

61098348
ISBN: 978-987-807-034-6

Cuando volvamos a ver el mar

María Fernanda Heredia

Ilustraciones
Sindy Elefante

Norma

www.normainfantilyjuvenil.com/ar

A mis padres, a mis hermanas y a Javier,
que son mi tribu y mi amor.

A Laura, Toño, Marifer y Bruno.

1.
La noticia

Aquella tarde Paty y Pato llegaron a casa preocupados, se encerraron en su habitación, conversaron por larguísimos minutos y tomaron decisiones urgentes.

—¿Estás segura de que debemos hacerlo, Paty?

—Sí, Pato, estoy segurísima.

—Pero va a ser muy difícil.

—Sí, pero no hay otra salida.

—Bueno, dales la noticia a los niños, pero hazlo con mucho tacto y delicadeza para que no se preocupen.

La doctora Paty García era buenísima en muchos aspectos, pero era un desastre para hablar

con tacto y delicadeza. Abrió la puerta de la habitación y gritó:

—¡Niños, hagan las maletas! ¡Se van de casa!

Mariajosé, la hija mayor de los García, que a sus quince años atravesaba por una espesa adolescencia, hizo una mueca y respondió desde el sofá:

—Ya era hora, mamá, yo tampoco soporto a mis hermanos, me parece muy bien que los eches de casa.

—¡Cuando dije niños también me refería a ti, Mariajosé! ¡Levántate del sofá y obedece, tú también te vas!

La mueca de la hija adolescente subió de intensidad cuando replicó:

—¡Pero no puedes echarnos de casa, mamá!

—No los estoy echando, solo estoy diciendo que se tienen que ir.

—¡Es lo mismo, mamá!

—Bueno, vale, entonces sí los estoy echando, no discutas.

Trini, la menor de los tres hijos, que lloraba casi por cualquier motivo, se puso a sollozar:

—¿Por qué mamá? ¡Buaaaaa! ¡Yo no me quiero ir de casa! ¿Quién va a cuidar al gato si yo me voy? ¡Buaaaaa!

—No tenemos gato, Trini, y deja de llorar.

—¡Es un gato imaginario, mamá, se llama Flu y yo lo cuido! ¡Buaaaaa!

—¿Flu?, ¡pobre gato imaginario! Si le pusiste ese nombre, quizá ya se escapó muy enojado y se fue a buscar otra amiga imaginaria que le ponga un nombre más normal. ¡Obedece!

Emilio no oyó nada porque, como siempre, llevaba los audífonos puestos y estaba escuchando por diezmillonésima vez un documental sobre monstruos y animales legendarios. Fue Mariajosé quien se los quitó de las orejas y le dio la noticia:

—Dice mamá que hagas la maleta.

—¿Nos vamos de vacaciones? ¿Nos vamos a la playa? Hace mucho que no vamos al mar.

—¡Ja! Como si no supieras que el tercer apellido de nuestros padres es "Ahora no hay dinero para eso". Por el tono de voz de mamá, creo que nos van a hacer lo mismo que a Hansel y Gretel.

—¿Hansel y Gretel? No sé quiénes son, ya sabes que a mí no me gusta el reguetón.

Mariajosé puso los ojos en blanco, se tomó de la cabeza y dijo:

—Ay, Emilio, a veces olvido que solo tienes una neurona y que la tienes ocupada con tus

monstruos. Hansel y Gretel son los personajes de un cuento. Eran hermanos, sus papás no tenían dinero, por eso los abandonaron en medio de un bosque.

Mariajosé le contó brevemente la historia de aquellos dos hermanitos, y de cómo el astuto Hansel fue dejando en el camino miguitas de pan para reconocer la ruta de regreso a casa, de lo que pasó cuando las aves del bosque se comieron esas miguitas, de la casita de chocolate que encontraron en medio de los árboles y de la bruja malvada que los capturó. Emilio seguía sin entender qué rayos tenía que ver ese cuento con sus papás y con la maleta.

Le habría gustado decirle a su hermana: "Muchas gracias, Mariajosé, pero el cuento de Walter y Pretzel me importa un rábano", pero ella era más grande y además tenía una excelente puntería para el manotazo, el cocacho y el bofetón, así es que a él no le quedó otra alternativa que escuchar el cuento completo.

De pronto un nuevo grito de su madre se volvió a oír desde la puerta de la habitación:

—¡Y no olviden guardar el cepillo de dientes y el pijama!

Mariajosé miró a su hermano y le dijo:

—Dale, Hansel-Emilio, ve a guardar migas de pan en el bolsillo. Esto va en serio, nos echan.

Él, entre asustado y confiado, contestó:

—¡No pueden echarnos de casa! Debe ser una broma, mamá siempre hace bromas.

Un grito final de la madre retumbó en toda la casa:

—¡Si en diez minutos no están listos con sus maletas en la puerta, se irán con lo que lleven puesto! ¡Avisados!

2.
Pato y Paty

Patricia y Patricio García, los padres de Mariajosé, Emilio y Trini, eran médicos.

Para abreviar y como una forma cariñosa, a ella le llamaban Paty y a él Pato (bueno, a él lo llamaban así no solo para abreviar sino también por su peculiar manera de caminar, balanceándose de un lado a otro, como si le pesaran las orejas).

Se habían conocido en la facultad cuando iniciaban la carrera de Medicina y se enamoraron a primera vista.

Como Paty era una chica extrovertida y conversadora, y Pato era un muchacho tímido y solitario, fue ella quien dio el primer paso. Una mañana, antes de entrar a clases, se acercó a él y le dijo:

—¿Sabes, Pato? Tú y yo tenemos algo en común.

Él, nervioso, respondió:

—¿Algo en común? ¿Nuestros nombres, Paty?

—Bueno, sí, pero hay algo más.

—¿Algo más?, ¿qué puede ser...? ¿Nuestras orejas ligeramente grandes?

—¡¿Me estás llamado orejona?!

—No, Paty, no, perdona, no quise...

—¡No importa, bobo! ¡Me gustan mis orejas! Pero me refiero a otra cosa que tú y yo tenemos en común.

—No sé a qué te refieres —dijo Pato, que por un momento había estado a punto de mencionar que ambos tenían las piernas flacas, como dos espaguetis, pero prefirió quedarse callado.

—Lo que tenemos en común —dijo Paty, sonriendo con coquetería— son nuestros pulmones...

Pato se quedó sin saber qué decir, ¿qué significaba eso? ¿Acaso era un chiste de estudiantes de Medicina?

—No entiendo.

—Me refiero a que me he dado cuenta de que, cada vez que me miras, suspiras tan profundamente que al soltar el aire tus pulmones se vacían. Y a mí... a veces me pasa lo mismo.

Ella le guiñó un ojo, se despidió y entró al salón de clase.

Pato, lento de reacciones, no pudo decir nada hasta después de dos semanas, cuando se le ocurrió algo y tuvo el coraje suficiente para acercarse a Paty y devolverle un comentario muy romántico (bueno, romántico para quien entienda de medicina):

—¿Sabes, Paty? Hay algo más que tú y yo tenemos en común.

—¿Ah sí?, ¿qué es?

—Nuestros vasos.

—¿Qué vasos? ¿Los vasos de refresco?, ¿los vasos de leche?, ¿de cerveza?

—¡No! ¡Los vasos sanguíneos! Me refiero específicamente a los vasos de nuestras mejillas, esos que se dilatan cuando nos miramos y generan un mayor flujo sanguíneo, produciendo así un repentino cambio de color en el rostro.

Paty se quedó pensando un momento.

—Ahhh, ¿te refieres a que nos ponemos colorados?

—Ajá.

Pato sonrió nervioso y Paty sonrió emocionada.

Y así, ambos, con los vasos sanguíneos dilatados y las mejillas enrojecidas, se dieron su primer beso, hasta quedarse sin aire.

Los pulmones y el sistema respiratorio

SISTEMA
VASCULAR

Dieciocho años después de esa curiosa confesión de amor que incluyó pulmones y vasos sanguíneos, estaban casados, eran muy felices, tenían tres hijos de quince, once y siete años, y ambos eran médicos generales en el Hospital Santo Ángel.

Aquel día, cuando supieron que el mundo cambiaría para siempre, y que su trabajo les exigiría estar en la primera línea contra el nuevo virus, supieron que tendrían que tomar medidas difíciles para que su familia estuviera segura. Pero ambos estuvieron de acuerdo en algo muy importante: harían lo posible para que la vida de los García siguiera siendo bonita. El virus no les arrebataría la alegría.

—¿Qué vamos a hacer con los niños? —preguntó Pato muy serio—. Pasaremos días enteros sin salir del hospital y alguien debe cuidarlos. Además, no podemos arriesgarlos a que se contagien: nosotros mismos podríamos llevar el virus a casa.

—Tienes razón, Pato. ¿Qué se te ocurre?

—No sé... Deberían quedarse con tu madre.

—¿Llevar a Mariajosé, Emilio y Trini a casa de mi mamá? ¡Estás loco! ¿Se te pinchó una rueda en el cerebro?

—Serán solo unos días, Paty, un mes cuando mucho, hasta que pase la emergencia.

—Parece que no conocieras a mi mamá, Pato. Ella ama a sus nietos, ¡pero solo durante cuarenta y cinco minutos! En el minuto cuarenta y seis comienza a perder la paciencia. En el minuto cincuenta se convierte en una bruja, y antes de que se cumpla una hora se los comerá con papas fritas.

—Exageras.

—Bueno, sí, exagero. Ella no rompe la dieta, así es que evitará las papas fritas y se los comerá con ensalada.

—Y entonces, Paty, ¿qué hacemos?

—Los podríamos enviar a casa de tus padres.

—¡Mis papás viven en Nueva York! ¡Son cinco horas en avión!

—¡Una gran ciudad, Pato! ¡La capital del mundo! Así los niños aprenderán inglés y dejarán de poner cara de bobos cuando vemos una película sin subtítulos.

—No podemos llevarlos a Nueva York, ahora no hay dinero para eso. ¿Y si le pedimos a Valeria que se los lleve a su casa?

—Valeria es mi mejor amiga, y es como una tía para nuestros hijos, pero vive en una casa pequeñísima, apenas caben ella y su hija Juli, ¿en dónde metería a Mariajosé, Emilio y Trini? ¿En la nevera?

La solución no era fácil. Ninguno de los dos tenía hermanos ni alguien de absoluta confianza a quien pudieran decirle "Te dejamos a los tres niños hasta que termine la emergencia, serán solo unos días, aproximadamente un mes, ¿nos los podrías cuidar, alimentar, asear, educar y soportar ese tiempo, sin posibilidad de devolución?".

Se miraron a los ojos, agotados por no hallar una salida, y Pato quiso ser optimista:

—Ya encontraremos a alguien que nos ayude a cuidarlos, no puede ser tan difícil, ¡son niños buenísimos!

Paty meneó la cabeza.

—Sí, tienes razón, salvo que a ti te parecen buenísimos porque son tus hijos, pero pensándolo bien, Mariajosé está en plena adolescencia y está insoportable; ayer me dijo que ya no

quiere llamarse Mariajosé porque ese nombre no combina con su nueva personalidad de adolescente. Ahora quiere cambiar oficialmente su nombre y llamarse Gerly.

—¿Gerly? ¡Ese nombre no existe! Parece la marca de un papel higiénico.

—Bueno, Pato, ayer lloró toda la tarde porque le dije que se llamará Mariajosé por siempre.

—¿Y Trini?

—Nuestra hija Trini, además de llorona, es muy traviesa. Ayer metió su muñeca al microondas porque pensó que así lograría un efecto bronceado.

—¿Y qué pasó?

—Bueno, que ya no tiene Barbie, tiene una especie de chicle gigante.

Pato sonrió.

—¿Y Emilio?

—Emilio sería el más normal de los tres, si no fuera tan fantasioso y tan tímido. Todas sus conversaciones incluyen un monstruo, un dragón o un chupacabras... y además nos ha salido enamoradizo.

Contenido

La noticia 9
Pato y Paty 15
La decisión 25
La teoría de las afinidades 31
Tres fichas de colores 45
Un aroma extraño 55
Día uno. Sábado 67
La primera semana 73
Hansel 83
Monstruo 93
El otro monstruo 103
Estar 111
Cuarentena 121
Uno no debería estar lejos de los que ama ... 131
Juli 139
847 Marios 145
Mario 157
Tiempo de reencuentro 159
Las fotos 165
De vuelta a casa 171
Decirlo con el corazón 177
Epílogo 183